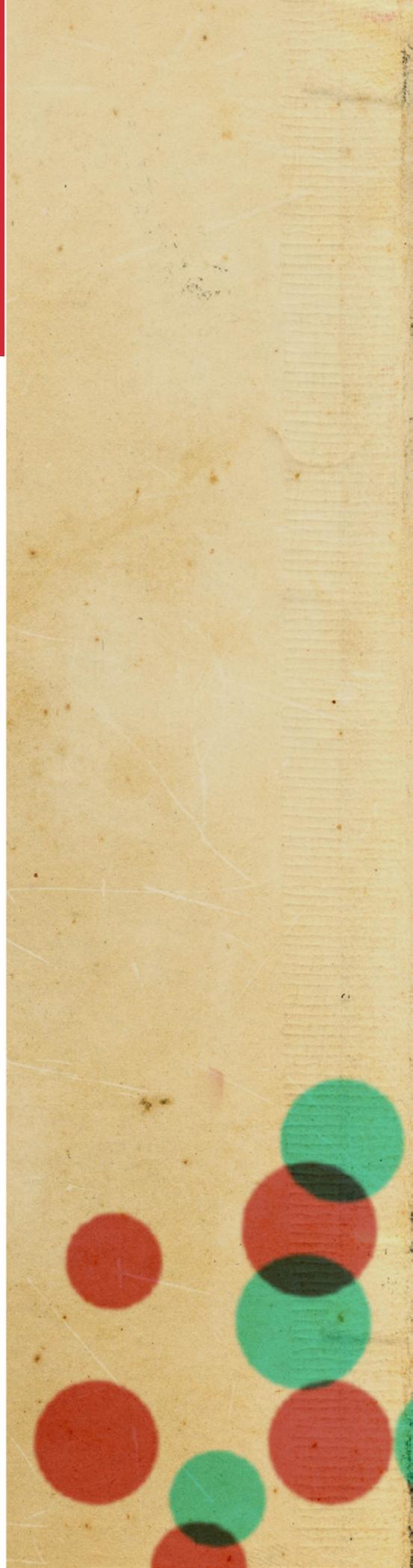


# EN EL CAMINO

**Isabel Alcántara**

René caminaba agachado y en silencio, rápido, atento a cualquier sonido que pudiera delatarlos. Sus hermanos lo seguían y podía escuchar la jadeante respiración de Analí, su esposa. *No está acostumbrada a la tensión, no va a aguantar, en cualquier momento se detiene y se pone a llorar.* Pero no, ella seguía caminando y aunque en sus ojos se reflejaba una enorme angustia y un terror indescriptible, se movía con agilidad y en medio de un mutismo casi absoluto. En otras circunstancias, su respiración hubiera pasado desapercibida por completo, sin embargo, es bien sabido que el miedo agudiza los sentidos.

Analí lo miraba, estaba dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo si era necesario, y quizá lo fuera, porque si los encontraban, si los atrapaban, se terminaba todo: una bala o la cárcel, el regreso a la tierra natal o peor, la separación, eso significaba el fin del mundo para ella, estar lejos de él. Era fiel a su educación; tantas horas frente a la televisión alimentaron su mente con telenovelas, películas de romances tempestuosos, series rosas y noticias de la vida de personajes de la farándula, quienes viven sus propios melodramas, así como la lectura asidua de novelillas semanales que conseguía en el puesto de periódicos del mercado, la prepararon para concebir una idea del amor en la que la pareja destinada a estar junta debía enfrentar cualquier prueba y ella, como mujer que era, estaba dispuesta a abandonar todo: amigos, familia, patria, historia, trabajo, con tal de cubrir su papel de enamorada heroína. Conocía, además, el futuro que le esperaba en México y no estaba dispuesta a perder a su amado por un trabajo mal pagado en una estética mediocre del mercado.



Carlos y Raúl, por otro lado, se movían con facilidad, no dejaban nada de ese lado y les esperaba todo al cruzar la frontera. Sentir la proximidad de alcanzar un destino les daba fuerza, los hacía veloces y temerarios por lo que René los alcanzaba constantemente para recordarles que no podían adelantarse tanto, que debían ser más precavidos.

La madre de los tres varones iba en silencio economizando aire, ejemplar jefa de familia, y tratando de no estorbar demasiado. Sabía lo que se estaban jugando y le preocupaba el futuro de sus hijos. Durante más de treinta años luchó para sacarlos adelante y había conseguido apenas darles la educación básica. Dejaron el pueblo de su marido cuando éste murió y los llevó a la ciudad para probar suerte; René entró a la escuela militar y sus hermanos, menos afectos a la disciplina, consiguieron un trabajo en el mercado de Izcalli, en donde conocieron a Analí.

Mientras atravesaron el país no tuvieron ningún problema, hasta se dieron el lujo de intercambiar sonrisas, historias y planes. El cansancio acumulado se paladeaba como un grato sopor casi vacacional. Ahora era distinto, el momento de jugarse el todo por el todo se resumía a unos minutos, a lo mucho una hora.

Todos experimentaban diversas emociones pero el común denominador era el miedo. Haber llegado tan lejos y que te cachen a unos metros. Además, ya no había devoluciones ni garantías, los ahorros de toda la vida se esfumaban en ese

punto; de ellos y de la suerte iba a depender que sirvieran de algo.

La tensión aumentaba conforme los kilómetros para llegar a la meta se reducían y se estaba volviendo casi insoportable, la señora comenzó a sentir que el pecho se le oprimía. Se acercó a su nuera y le hizo un sorprendente gesto de cariño, aceptación y alegría. Analí pensó que se trataba de una muestra de júbilo porque, por fin, a lo lejos se podía divisar el Walmart del que les habían hablado; la tierra prometida comenzaba en esa sucursal de dicho emporio.

René se sentía aliviado por aquella visión y comenzó a relajar su rostro al notar que no había complicaciones a la vista. Sus hermanos se adelantaban en dirección a la tienda y él volvió de prisa algunos pasos para apurar a su esposa y a su madre.

Cuando llegó con ellas, las tomó de la mano y se sintió profundamente feliz. Sonreían. De pronto, el rostro de su madre se ensombreció y una mueca de terror se dibujó en su boca, René miró hacia atrás y se dio cuenta de que la policía fronteriza estaba cerca. Contuvo una blasfemia y corrió, jalando con todas sus fuerzas en dirección a la tienda.

Analí acalló un grito e intentó correr lo más rápido posible, pero una mano pesada como plomo la ancló en su lugar. El terror subió por sus piernas, enquistado en sus huesos, y no sabía qué hacer; volteó hacia atrás y vio a su suegra junto a su esposo en el piso. Deseaba correr hacia el

Walmart pero no podía abandonarlos allí, en medio del camino, tan cerca y aún era demasiada distancia, porque no dejarían de estar lejos hasta que estuvieran a salvo. Se acercó a René y le suplicó con la mirada empapada que se fueran y él, con los ojos igual de húmedos, no reaccionaba. Analí no entendía, quería huir; comprendió por fin la mirada angustiada de su mamá y de sus hermanos cuando les avisó que se iría con René al otro lado, que viajaría con la familia de él y un conocido suyo los recomendaría con un coyote, comprendió porqué no habían saltado de gusto y parecían molestos. Todos los peligros que adivinaban y se asomaban en los ojos de sus familiares los había confundido con egoísmo. Abrió la boca y soltó con un hilo de voz, *por favor*, y René reaccionó como si lo hubieran golpeado con un palo, con la misma violencia se puso de pie y corrió con ella hasta el supermercado.

Cuando llegó, sus hermanos angustiados porque no veían llegar a su madre le preguntaron en dónde estaba. Él, incrédulo de lo sucedido, no pudo articular palabra y en respuesta sollozaba con la boca abierta, como si el aire del desierto quisiera escapar en largas corrientes por entre sus labios áridos. Ellos, angustiados y enojados lo sacudieron para que hablara. Analí, consciente del peligro al que se estaban exponiendo trató de calmarnos con naturalidad y los llevó hacia algún lugar menos concurrido.

Allí, con la mente aún turbada y con la respiración un poco más regular, René les pudo decir, llorando, que su madre había muerto en sus brazos y que había tenido que dejar su cuerpo tirado en el camino para poder escapar y llegar a su destino.

